

Olmeca: oscuro objeto del deseo académico mesoamericano

Mario Humberto Ruz
Universidad Nacional Autónoma de México

La fascinación con la que Italia ha mirado desde un inicio al Nuevo Mundo es algo bien sabido. De hecho, Europa toda soñó a América – incluso antes de entreverla y nombrarla –, a través de la mirada y el deseo de un italiano. Desde los *Memoriales* de Colón, a la *Historia General de la América Septentrional* de Boturini Benaduci, desde *Giro del Mondo* de Gemelli Carreri hasta *La naturaleza de las Indias Nuevas* de Antonello Gerbi y *Gli Zii di Sicilia* de Leonardo Sciascia, por citar apenas unos ejemplos, América se ha retratado y escrito en la pupila de Italia.

Nada extraño, pues, que a partir de hace casi tres décadas una ciudad italiana, Perusa/Perugia se haya convertido en uno de los centros neurálgicos más activos de la americanística europea. No se trata de un hecho gratuito ni surgido *ex nihilo*; obedece al esfuerzo de un grupo de colegas italianos entusiastas y generosos que, nucleados en el Centro Studi Americanistici “Circolo Amerindiano”, invierten inteligencia, tiempo, dedicación y empeño en consolidar el papel de Perusa como espejo concentrador de nuevos y antiguos saberes derivados de la investigación, y caja de resonancia del quehacer de aquellos que encuentran en el estudio y análisis de lo americano y los americanos la razón de ser de sus afanes académicos.

Buena muestra de ello es el encuentro que año con año organiza el Circolo y que convoca a estudiosos de todo el mundo pero en particular del continente americano, desde Alaska hasta Patagonia, del Pacífico al Atlántico, de Groenlandia a la Pampa, y en el cual se abordan temáticas históricas y arqueológicas, lingüísticas y literarias, iconográficas y epigráficas, etnológicas y de antropología social, en un decidido afán por hacernos recordar que a pueblo italiano, creador del Renacimiento, nada de lo humano le es ajeno; ni en el espacio, ni en la temática, ni en el tiempo.

El Circolo, sin embargo, no se limita a convocar, organizar, albergar y dar a conocer los resultados de un encuentro anual; la que siente por América no es pasión que se conforme con apenas un testimonio cada doce meses; a lo largo del año, de los años, sus integrantes diseñan, coordinan y/o participan en proyectos de investigación en distintos ámbitos disciplinares y geográficos, al mismo tiempo que se preocupan por dar a conocer los resultados de éstos y otros estudios a través de una cuidadosa y creciente labor editorial que incluye libros, memorias y una revista, *Thule*, en la que hoy me honro en colaborar con este modesto preámbulo.

Estructurada, como es ya tradición, en torno a un tema monográfico que dota de mayor coherencia a cada número, *Thule* posa hoy su mirada en lo olmeca. Ese oscuro objeto del deseo académico mesoamericano.

Posar una mirada antropológica – en el sentido más amplio y prístino del término – sobre la considerada durante mucho tiempo como civilización madre mesoamericana es, sin duda, tarea siempre pertinente y fascinante; hacerlo desde el sitio donde, para muchos otros, se ubica la cuna de la civilización occidental, es empresa particularmente atractiva y original: una cultura seminal mira a otra del mismo talante. Mirada en espejo, además, de conjuntos civilizatorios, porque si la olmeca puede considerarse en varios sentidos una civilización de archipiélagos (Golfo, Pacífico, Occidente...), el Circolo Amerindiano representa sin duda un archipiélago americanista en Italia.

Y archipiélago no sólo geográfico sino también disciplinar, y variopinto en cuanto a aportes teórico metodológicos, como testimonia este número, que cobija textos descriptivos a la par de otros de aliento más analítico, y que aborda por igual reflexiones históricas y arqueológicas, arquitectura e iconografía, parafernalia ritual y de la vida cotidiana, cerámica y simbología, dando cuenta de las múltiples ópticas y perspectivas con las cuales y desde las cuales es posible intentar aprehender ese vasto, multiforme y no siempre asible universo de imágenes, formas,

volúmenes, signos y significados en que ha venido a constituirse eso que, ignorantes de su propio nombre, llamamos “olmeca”.

Empeñado en seguir la huella a sus sujetos de estudio, el conjunto nos invita a los lectores a un amplio recorrido por el paisaje mesoamericano; nos conduce por la costa y el centro sur veracruzanos; las planicies tabasqueñas del Golfo; la depresión central, la Sierra Madre y la costa chiapanecas, los litorales del Pacífico hoy guatemalteco y salvadoreño; el poniente del estado de Morelos... Consciente o inconscientemente, queriéndolo o no, los autores nos permiten entrever la tan peculiar relación que entablaron los Olmecas con el caleidoscopio de paisajes donde habitaron. Planicies, cerros, pantanos, riveras, sabanas, ciénagas y humedales que domesticaron y nombraron con nombres que nunca conoceremos, pero que plasmaron también en objetos materiales, minúsculos o gigantescos que, para fortuna nuestra, han perdurado, permitiéndonos ver y palpar no sólo la inventiva del artista o la destreza del artesano, sino también algunos de los rumbos que emprendió su imaginario.

Al geográfico se une el recorrido diacrónico, que subraya el peso de la herencia olmeca en la creación milenaria de las culturas del Clásico, y nos invita a recorrer, junto con sus autores, modelos y expresiones estilísticas propias del Formativo Temprano y Medio, o del Preclásico Temprano, Medio y Tardío e incluso, en algún artículo, del Protoclásico.

Definir si se tal o cual es o fue una cultura o una ideología con códigos propios de representaciones; si se trata de tradiciones de larga duración o series de estilos de existencia más breve (variantes y variaciones); si estamos frente a una cultura madre o más bien, ante una creación cultural que supo de un imbricado sistema de parentescos – contiguos o distantes, propio de consanguinidades o resultado de alianzas – es tema antropológico por esencia, y pocos, como el olmeca, se prestan tanto a ello, pero ninguna duda cabe del peso que lo olmeca tuvo en la conformación de eso que hoy consideramos creaciones mesoamericanas. Díganlo, si no, los sistemas de escritura y calendario, por mencionar apenas dos de los rasgos más evidentes.

Formador de una identidad propia, y referente fundamental de otras creaciones culturales que de una u otra manera y en el espacio de siglos abrevaron en él, sean éstas mixe-zoque-popolucas, totonacas, mayas, tlahuicas o nahuas, el universo cultural olmeca se ofrece ante nuestros ojos en este número de *Thule* como espacio-texto-pretexto privilegiado para abordar temáticas tan añejas y a la vez contemporáneas como la de la coexistencia de zonas tenidas por nucleares o marginales, áreas de fronteras blandas y porosas a través de las cuales circularon hombres, bienes, estilos, símbolos, ideas, códigos y procesos sociales tan complejos como los que subyacen a las creaciones identitarias.

Justo es, pues, agradecer a los integrantes del Circolo Amerindiano esta nueva prueba de que, desde Italia, humanistas y científicos sociales, con independencia de que sus hipótesis converjan o se aparten, se empeñan en mantener el diálogo académico. Ya que a asunto tan huidizo y debatido como “lo olmeca” atañe, se trata de un diálogo particularmente denso y rico; verdadera polifonía que sabe de un recorrido continuo entre el dato (malamente) tenido por frío y objetivo y la subjetivísima mediación simbólica que subyace en las inúmeras interpretaciones de experiencias únicas en tanto irrepetibles, pero no cabe duda de que es y será un diálogo posible en tanto se ancle en aquella sabia reflexión de Bartolomé de las Casas: “Uno es todo el género humano”.